

que le veían ponerse sombrío, visiblemente desconcertado por aquella carta, la cual echaba á perder todo el trabajo, tan provechoso, de aquel día.

Por fin, el señor Denizet soltó la carta y permaneció un momento absorto mirando á los Roubaud y á Santiago. Luego, resignándose, hablándose en voz alta á sí mismo:

—¡Bueno! ya veremos, ahondaremos más todo eso..... Pueden ustedes retirarse.

Pero á tiempo que los tres salían, no pudo resistir á la necesidad de saber, de depurar el punto grave que destruía su nuevo sistema, á pesar de que le recomendasen que no diese ya paso ninguno, sin ponerse de acuerdo con el Ministerio.

—No, Ud. quédese un momento, tengo que hacerle aún una pregunta—dijo á Santiago.

En el pasillo, los Roubaud se detuvieron. Las puertas quedaban abiertas, y sin embargo, no se determinaban á salir: algo les detenía allí, la angustia de lo que sucedía en el despacho del juez, la imposibilidad física de marcharse, en tanto que no supieran de boca de Santiago qué nueva pregunta le hacían aún. Volvieron, fueron y vinieron, con las piernas temblando. Y se encontraron sentados los dos juntos sobre el banquillo en dondè ya tantas horas habían esperado; quedaron allí como un plomo, silenciosos.

Cuando reapareció el maquinista, Roubaud se levantó penosamente.

—Le esperábamos á Ud., volveremos á la estación juntos..... ¿Y qué?

Pero Santiago volvía la cabeza, como si quisiera evitar la mirada de Severina, fija sobre él.

—Ya no sabe por dónde anda—dijo por fin.— ¡Pues no me pregunta ahora si no fueron dos los que cometieron el crimen! Y como hablé yo en el Havre de una masa negra que pesaba sobre las piernas del viejo, me ha estado mareando sobre eso..... El parece creer que no era sino la manta de viaje. Mandó á buscar la manta y he tenido que pronunciarle..... qué se yo.... quizás fuera, en efecto, la manta de viaje.

Los Roubaud tiritaban. Seguían su pista; una palabra de aquel muchacho podía perderles. De fijo sabía y acabaría por cantar. Y los tres, la mujer entre los dos hombres, salían silenciosamente del Palacio de Justicia, cuando el subjefe añadió en la calle:

—A propósito, camarada, mi mujer tendrá que ir á pasar un día á París para asuntos urgentes. Sería Ud. muy amable sirviéndola de guía, en caso de que necesite de alguien.

V

A las once y cuarto en punto, el puesto del puente de Europa señaló con los dos toques de bocina reglamentarios el exprés del

Havre, que desembocaba por el túnel de Batignolles; poco después las placas giratorias fueron sacudidas: el tren entró en la estación con un silbido seco, con los frenos rechinando, lleno de humo, chorreando, calado por una lluvia obstinada, cuyo diluvio no cesaba desde Rouen.

Los mozos de tren no habían aún levantado las aldabillas de las portezuelas, cuando ya una de ellas se abrió, y Severina saltó vivamente sobre el muelle, antes de que el tren estuviera del todo parado. Su vagón era uno de los de cola; tuvo que andar de prisa para llegar á la máquina, en medio de la ola brusca de viajeros bajados de los compartimentos, en medio de chiquillos y de paquetes.

Santiago estaba allí de pie sobre la plataforma, esperando para ir al depósito, en tanto que Pecqueux, con un trapo, limpiaba los cobres.

—Con que quedamos en eso—dijo Severina alzándose sobre la punta de los pies.—A las tres estaré en la calle Cardinet, y tendrá Ud. la bondad de presentarme á su jefe, para que le dé las gracias.

Era el pretexto imaginado por Roubaud, una muestra de agradecimiento al jefe del depósito de Batignolles, á consecuencia de un insignificante servicio prestado. De esa manera quedaría ella confiada á la buena amistad del maquinista, y podría estrechar aún más los lazos é influir sobre él.

Pero Santiago, negro de carbón, calado, sin fuerzas por haber luchado contra la lluvia y el

viento, la miraba con sus ojos duros sin contestar. No había podido negarle aquel favor al marido á la salida del Havre; y el pensar que estaría solo con ella le trastornaba, pues de sobra sentía que ahora la deseaba.

—¿No es eso?—repuso ella sonriente, con su dulce mirada acariciadora, á pesar de la sorpresa y de la ligera repugnancia que sentía al verle tan sucio, apenas conocido;—cuento con usted, ¿verdad?

Y como ella se había alzado más todavía apoyando su mano enguantada sobre un agarradero de hierro, Pecqueux, cortesmente, la avisó.

—Cuidado, que se va Ud. á ensuciar.

Entonces Santiago tuvo que contestar, y lo hizo con tono brusco.

—Sí, calle Cardinet..... A menos que esta maldita lluvia acabe de derretirme. ¡Qué pijotero tiempo!

Le dió lástima á Severina ver en qué estado estaba, y añadió, como si únicamente hubiese pasado aquello por ella:

—¡Oh! ¡cómo se ha puesto Ud. mientras estaba yo tan cómoda en mi asiento!..... Ha de saber usted que no le he olvidado durante el camino, y me desesperaba ese diluvio. ¡Y yo que estaba tan contenta al pensar que me traía Ud. esta mañana y que me volvería á llevar por la tarde en el exprés!

Pero aquella amable familiaridad, tan tierna, parecía turbarle más. Pareció aliviado al oír una voz que gritaba: «¡Atrás!» Con mano rápida tiró

de la varilla del vapor, mientras que el fogoneero, con un gesto, apartaba á la joven.

—¡A las tres!

—¡Sí, á las tres!

Y mientras la máquina echaba á andar, Severina dejó el andén. Fuera, en la calle de Amsterdam, al ir á abrir el paraguas, se alegró mucho viendo que no llovía. Bajó hasta la plaza del Havre, se consultó un instante, y por fin se decidió á almorzar enseguida. Eran las once y veinticinco; entró en un Bouillon-Dural, en el ángulo de la calle de San Lázaro, y pidió huevos estrellados y una chuleta.

Y mientras comía, muy lentamente, recayó en las reflexiones que la torturaban desde algunas semanas, pálida y ojerosa, sin su dócil sonrisa de deducción.

La víspera, dos días después de su interrogatorio en Rouen, fué cuando Roubaud, juzgando peligroso esperar, había resuelto enviarla á que hiciera una visita al señor Camy-Lamotte, no en el Ministerio, sino en su casa, calle del Roche, donde ocupaba un hotel, al lado justamente del hotel Grandmorin. Sabía ella que allí le encontraría á la una, y no se daba prisa; preparaba lo que había de decir, trataba de prever lo que habría de contestar, para no cortarse. La víspera, una nueva causa de inquietud acababa de apresurar su viaje: habían sabido por las palabrerías de la estación, que la señora Lebleu y Filomena contaban por todas partes que la Compañía iba á despedir á Roubaud, por los rumores

que corrían; y lo peor era que el señor Dabadie, directamente interrogado, no había dicho que no, lo cual daba mucho peso á la noticia. Se hacía, pues, urgente que Severina fuese á París á defender la causa del matrimonio, y sobre todo, á pedir protección al poderoso personaje, como antes se la pedían al presidente.

Pero bajo aquella demanda de auxilio, que por lo menos explicaría la visita, había un motivo más imperioso, una necesidad abrasadora é insaciable de saber, esa necesidad que empuja al criminal á entregarse antes que ignorar. La incertidumbre les mataba ahora que se sentían descubiertos, desde que Santiago les había manifestado la sospecha del juez, ese segundo asesino. Volvíanse locos en hacer conjeturas: la carta encontrada, los hechos restablecidos: á cada hora que pasaba creían ver entrar á la justicia, se veían ya encarcelados; y su suplicio se agravaba de tal suerte, los hechos más insignificantes tomaban un aspecto tan amenazador, que acababan por preferir la catástrofe á esas continuas zozobras. Tener una certidumbre y dejar de sufrir.

Severina comió su chuleta, tan absorta, que se despertó como sobresaltada, extrañada del sitio público en que se hallaba. Todo tenía un gusto amargo, los pedazos no pasaban, y ni siquiera tuvo ánimo para tomar café. Pero por más que comió despacito, apenas eran las doce cuando salió de la fonda.

¡Todavía tres cuartos de hora!

Ella, que adoraba á París, que tanto le gustaba correr por las calles de la capital libremente, las raras veces que venía, sentíase aquel día perdida en las calles de la ciudad, llena de miedo, impaciente por acabar y ocultarse. Ya se secaban las aceras, un viento tibio acababa de barrer las nubes. Bajó Severina la calle de Trouchet, y se halló en el mercado de flores de la Magdalena.

Durante media hora anduvo en medio de aquella primavera precoz, llena de sensaciones vagas, pensando en Santiago como en un enemigo á quien tenía que desarmar. Parecíale que su visita en la calle del Rocher estaba ya hecha, que todo iba bien por ese lado, que sólo le quedaba lograr el silencio de aquel muchacho; y era una empresa complicada en que se perdía, con la cabeza atormentada por planes románticos. Pero todo aquello sucedía sin cansancio, sin susto, con una dulzura que la mecía. Luego, bruscamente, vió la hora en el reloj del Kiosco: la una y diez minutos. ¡No había hecho aún su visita, recaía duramente en la angustia de la realidad! Apresuróse á subir de nuevo hacia la calle del Rocher.

El hotel del señor Camy-Lamotte estaba situado en el ángulo de esta calle y de la de Nápoles; y Severina tuvo que pasar, delante del hotel Grandmorin, mudo, vacío, con las persianas cerradas. Levantó los ojos, apresuró el paso. Recordó su última visita, aquella casa tan grande se irguió terrible. Y al volverse, después de al-

gunos pasos, por un movimiento instintivo, mirando hacia atrás, como una persona perseguida por la voz formidable de una muchedumbre, vió sobre la acera de enfrente al juez de instrucción de Rouen, el señor Denizet, que también subía la calle. Quedó espantada. ¿La había visto echar una mirada sobre la casa? Pero andaba el juez lentamente, y con todo se dejó ella adelantar, y le siguió en medio de una gran turbación. Y de nuevo recibió un golpe en el corazón cuando le vió llamar, en el ángulo de la calle de Nápoles, en casa del señor Camy-Lamotte.

Un terror indecible se había apoderado de ella. No se atrevería á entrar ahora. Volvió pies atrás, siguió la calle de Edimburgo, y bajó hasta el puente de Europa. Sólo allí se creyó ya salva. Y no sabiendo ya adónde ir ni qué hacer, descorazonada, permaneció inmóvil contra una de las balaustradas, mirando hacia abajo, á lo largo de las armaduras metálicas, el vasto campo de la estación, en donde los trenes iban y venían continuamente.

Seguíalos con su mirada asustada: pensaba que con seguridad estaba allí el juez por causa del crimen, que los dos hombres hablaban de ella y que su suerte se estaba decidiendo en aquel minuto. Entonces, invadida por una desesperación angustiosa, atormentóla la tentación de echarse bajo un tren, antes que volver á la calle del Rocher.

Justamente, salía uno de la marquesina de las grandes líneas: su mirada lo seguía: venía

hacia ella, luego pasó bajo sus pies, soplando hasta su rostro una tibia bocanada de vapor blanco. Pero después, la inutilidad tonta de su viaje, la angustia horrible que llevaría consigo si no tenía fuerza suficiente para ir á buscar una certidumbre, se presentaron tan vivamente á su espíritu, que le concedió aún cinco minutos para recobrar todo su valor. Algunas máquinas silbaban; siguió una, pequeña, que estaba desenganchando un tren de circunvalación; y su mirada, que se había alzado hacia la izquierda, reconoció, por encima del patio de las mensajerías, en lo alto de la casa del callejón sin salida de Amsterdam, la ventana de la señora Victoria, aquella ventana en que se veía apoyada con su marido, antes de la abominable escena, causa de la desgracia de ambos. Aquello evocó el peligro de su situación, sintió una punzada de dolor tan agudo, que de repente se sintió dispuesta á afrontarlo todo, para acabar. Por todas partes se oía el sonido de la bocina, se escuchaban ruidos prolongados que la ensordecían, en tanto que humaredas espesas cortaban el horizonte, arrastradas hacia el inmenso cielo claro de París. Severina emprendió de nuevo el camino de la calle del Rocher, yendo allí como el que va á suicidarse, precipitando su marcha, con el bruseo temor de no encontrar ya á nadie.

Al tirar Severina del llamador, un nuevo terror la dejó helada. Un ayuda de cámara abrió y la rogó que se sentara en una antesala, después de haber tomado su nombre. Por las puertas, lige-

ramente entreabiertas, oyó ella muy distintamente la conversación viva de dos voces. El silencio recayó, profundo, absoluto. Sólo distinguía ya el latido sordo de sus sienas, decíase que el juez conferenciaba aún, que iba á hacerla esperar mucho tiempo sin duda; y aquel esperar se le hacía intolerable. Luego, de repente, tuvo una sorpresa: el ayuda de cámara la llamó y la introdujo. Positivamente el juez no había salido. Adivinábase allí, escondido detrás de una puerta.

Era un gran gabinete de trabajo, con muebles negros, alfombra espesa, pesados portieres, tan severo y tan resguardado, que ningún ruido de fuera penetraba en la habitación. Sin embargo, había flores, rosas magníficas en un canastillo de broce.

Y aquello indicaba como una delicadeza oculta, una afición á la vida amable detrás de aquella severidad.

El amo de la casa estaba de pie, muy correctamente ceñido en su levita, severo con su cara delgada, un poco ensanchada por sus patillas ya algo entrecanas, pero de una elegancia de antiguo rey de la moda, esbelto aún, de una distinción afable y llena de cariños, bajo la rigidez estudiada del porte oficial. En la media luz de la estancia parecía muy alto.

Severina, al entrar, fué molestada por el aire tibio, ahogado bajo las colgaduras; y sólo vió al señor Camy-Lamotte, que la miraba acercarse. No hizo ni un gesto para invitarla á que se sentara, afectó no abrir la boca el primero, espe-

rando á que explicase el motivo de su visita. Aquello prolongó el silencio; y por efecto de una reacción violenta, encontróse de repente dueña de sí misma en el peligro, muy tranquila, muy prudente.

—Caballero—dijo—Ud. me dispensará si me atrevo á venir á pedirle su benevolencia. Usted sabe la pérdida irreparable que he sufrido, y en el abandono que ahora me encuentro; me he atrevido á acordarme de Ud. para que nos defienda, para que continúe en parte la protección de su amigo, mi llorado protector.

El señor Camy-Lamotte no tuvo entonces más remedio que mandarla sentar con un gesto, pues estaba dicho aquello con ademán correcto, sin exageración de humildad ni de dolor, con ese arte innato de la hipocresía femenina. Pero no por eso hablaba él, también se había sentado, esperando aún. Y ella continuó, viendo que le era necesario precisar.

—Me permito refrescar sus recuerdos, recordándole que he tenido el honor de verle en Doinville. ¡Ah! era aquel tiempo muy feliz para mí!.... Hoy han venido los días malos, y sólo me queda Ud., caballero; imploro su protección en nombre de aquel que hemos perdido. Usted, que le amaba, acabe su buena obra, reemplácele para conmigo.

La escuchaba, la miraba, y todas sus sospechas desaparecían casi; le parecía natural, y encontraba á Severina encantadora en su dolor y en sus súplicas.

El billete descubierto por él, en medio de los papeles de Grandmerin, aquellos dos renglones sin firma, le había parecido no poder ser de nadie más que de ella, cuyas condescendencias con el presidente le eran conocidas; y hacía un rato, con sólo saber que venía á verle, su convicción se había robustecido. No acababa de interrumpir su conferencia con el juez sino para confirmar su certidumbre. Pero ¿cómo creerla culpable, viéndola así, tan serena y tan dulce?

Sentóse él también y quiso saber á qué atenerse. Con aire severo la dijo:

—Explíquese Ud., señora..... Recuerdo muy bien; con mucho gusto la favoreceré si nada se opone.

Entonces, muy detenidamente, Severina contó el cómo amenazaban á su marido con la destitución.

Tenía muchos envidiosos á causa de su mérito y de la alta protección que hasta entonces le había resguardado. Ahora que le creían desvalido esperaban triunfar, y redoblaban sus esfuerzos. Pero ella no nombraba á nadie; hablaba con mesura, á pesar de la inminencia del peligro. Para decidirse á venir á París, preciso era que estuviese bien convencida de la necesidad de obrar en el acto. Quizás un días después fuera ya tarde; inmediatamente era cuando pedía ella ayuda y protección. Y todo ello con tal abundancia de hechos lógicos y de razones verdaderas, que parecía en efecto imposible, que por otra cosa se hubiese molestado.

El señor Camy-Lamotte estudiaba hasta los latidos imperceptibles de sus labios, y dió el primer golpe.

—Pero vamos á ver: ¿por qué despediría la Compañía á su marido de Ud.? Nada grave tiene que reprocharle.

Tampoco ella apartaba su mirada de él, preguntándose si había encontrado la carta; y á pesar de la inocencia de la pregunta, adquirió la convicción de que estaba allí la carta, escondida en un mueble del despacho; él estaba enterado, puesto que la tendía un lazo, tratando de ver si hablaba de las verdaderas razones de la destitución. Pero por otra parte, había acentuado demasiado el tono, y Severina se sintió registrada hasta el alma por los ojos pálidos de aquel hombre experimentado.

Resueltamente marchó hacia el peligro.

—La verdad, caballero, es bien monstruoso lo que voy á decir, pero nos acusan de haber matado á nuestro bienhechor, por causa de ese desdichado testamento. No nos ha costado trabajo probar nuestra inocencia. Sólo que siempre queda algo de esas acusaciones abominables, y quizás la Compañía tema el escándalo.

Quedó de nuevo sorprendido, desconcertado por aquella franqueza, sobre todo por la sinceridad del acento. Además, habiéndola juzgado, á primera vista, de cara insignificante, principiaba á encontrarla sumamente agradable, con la sumisión complaciente de sus ojos azules, bajo la energía negra de su cabellera. Y pensaba en su

amigo Grandmorin, lleno de celosa admiración: ¿cómo demonios aquel pijotero, diez años mayor que él, había tenido hasta su muerte mujeres así, cuando él tenía que renunciar ya á esos juguetes, para no perder lo poco que le quedaba de sus tuétanos? Era verdaderamente muy mona, muy fina, y tuvo el señor Camy-Lamotte esa sonrisa del inteligente ya hoy desinteresado, bajo su fría rigidez de funcionario encargado de un negocio tan fastidioso.

Pero Severina, por una bravata de mujer que conoce su fuerza, tuvo la torpeza de añadir:

—Gente como nosotros no mata por dinero. Hubiera sido preciso otro motivo, y no lo teníamos.

La miró, vió temblar sus labios. Ella era. Desde aquel momento su convicción fué absoluta. Y ella misma comprendió enseguida que se había vendido, al ver cómo había cesado de sonreír, con un imperceptible movimiento nervioso de la barbilla. Sintió un gran desfallecimiento, como si todo su ser la abandonara. Sin embargo, permanecía con el busto erguido sobre la silla, oía su voz continuar hablando con el mismo tono igual, diciendo las palabras que había de decir. La conversación seguía, pero ya nada nuevo tenían que decirse; y bajo las palabras indiferentes, sólo hablaban ambos de aquello que no decían. El tenía la carta, y ella era la que había escrito. Aquella certidumbre se desprendía hasta de sus mismos silencios.

—Señora—repuso por fin—no rehusó inter-

venir junto á la Compañía, si en efecto es usted digna de interés. Espero justamente esta tarde al jefe de la explotación, para otro asunto.... Sólo que necesitaría yo algunas notas. ¡Mire usted! escribame el nombre, la edad, los servicios prestados por su marido, en fin, todo lo que pueda ponerme al corriente de su situación de usted.

Y empujó delante de ella un veladorcito, dejando ya de mirarla para no asustarla demasiado. Severina se había estremecido, quería él una página de su letra para compararla con la carta. Durante un instante buscó desesperadamente un pretexto, resuelta á no escribir. Luego reflexionó, ¿y para qué? puesto que sabía. Siempre tendrían algunos reng'ones de ella. Sinningún trastorno aparente, con la mayor sencillez del mundo, escribió lo que la pedían; mientras que de pie detrás de ella reconocía él muy bien la letra, más alta, menos temblada que la del billete.

Y acababa por parecerle muy valiente aquella mujercilla tan fina; sonreía de nuevo, ahora que no podía ella verle, con su sonrisa de hombre que sólo se dejaba vencer por el atractivo en medio de su indiferencia harto experimentada por todas las cosas. Bien mirado, no valía la pena de tomarse el trabajo de ser justo. Únicamente velaba por la exterioridad del régimen que servía.

—Pues bien, señora, entrégume Vd. eso, me informaré y trataré de arreglar las cosas.

—Le estoy á Ud. muy agradecida, caballero... ¿De modo que logrará Ud. que no destituyan á mi

marido y puedo ya considerar el asunto como arreglado?

—¡Ah, no! ¡eso sí que no! no me comprometo á nada.... Tengo que ver, tengo que reflexionar.

En efecto, titubeaba; no sabía qué partido tomar con el matrimonio ahora que los hacía culpables. Severina sentía una angustia horrible en aquella incertidumbre, en la alternativa de verse salvada ó perdida por él, sin poder adivinar las razones que le habían de decidir.

—¡Oh! caballero, piense Ud. en nuestro tormento. No puede Ud. dejarme marchar antes de haberme dado una esperanza....

—Pero, señora, si le aseguro á Ud. que nada puedo. Tenga Ud. un poco de paciencia.

La empujaba hacia la puerta. Ella se iba desesperada, trastornada, á punto de confesarlo todo en voz alta, impulsada por la necesidad inmediata de obligarle á que dijera claramente lo que pensaba hacer con ellos. Para permanecer allí un minuto aún, esperando hallar un giro, exclamó:

—Se me olvidaba, quería pedirle consejo á propósito de ese desdichado testamento.... ¿Le parece á Ud. que rehusemos el legado?

—La ley les favorece á ustedes—contestó él prudentemente.—Eso es cosa de apreciación y de circunstancias.

Estaba ella en el umbral, intentó un último esfuerzo.

—Caballero, se lo suplico por favor, no me

deje Ud. marcharme así, dígame si debo tener confianza.

Con un gesto de abandono le había cogido la mano.

El la retiró. Pero ella le miraba con ojos hermosos, tan ardientes de súplica, que se sintió emocionado.

—Vaya, pues vuélvase por aquí á las cinco. Quizás tenga algo nuevo que decirle.

Se fué, dejó el hotel con más angustia que la que había traído. La situación se había precisado, y su suerte permanecía indecisa, bajo la amenaza de una detención quizás inmediata.

¿Cómo vivir hasta las cinco? El recuerdo de Santiago, á quien había olvidado, despertó de repente en ella. ¡Otro que también podía perderla si la encarcelaban! Aunque apenas eran las dos y cuarto, apresuróse á subir la calle del Rocher, hacia la calle Cardinet.

El señor Camy-Lamotte, al quedar solo, se detuvo ante su despacho. Intimo de las Tullerías, donde su cargo de secretario general del Ministerio de la Justicia le obligaba á ir casi cada día; tan poderoso como el ministro, iniciado en los asuntos más íntimos, sabía hasta qué punto esa causa Grandmorin irritaba é inquietaba á los altos poderes. Los periódicos de la oposición continuaban haciendo una campaña ruidosa: los unos acusando á la policía de estar tan entretenida en la vigilancia política, que no le quedaba tiempo para detener á los asesinos; otros registrando la vida del presidente, dando á

entender que era recibido en la corte, en donde reinaba el vicio más crapuloso; y aquella campaña era un verdadero desastre, á medida que se acercaban las elecciones. Así es que habían manifestado al secretario general el deseo de acabar cuanto antes de cualquier manera. Como el ministro le había confiado aquel asunto, resultaba que era el único árbitro de la decisión que se tomara, pero bajo su responsabilidad. Y la cosa era para pensada, pues sabía muy bien que pagaría por todos, si cometía alguna torpeza.

En medio de estas reflexiones, el señor Camy-Lamotte fué á abrir la puerta de la habitación vecina, en donde esperaba el señor Denizet.

Y éste, que había estado escuchando, exclamó al entrar:

—Bien se lo decía yo á Ud., han hecho mal en sospechar de esa gente..... Esta mujer, á la vista está, sólo piensa en salvar á su marido de la destitución. No ha dicho ni una palabra sospechosa.

El secretario general no contestó en seguida. Absorto, mirando al juez, cuya cara maciza, con labios delgados, le llamaba la atención; pensaba ahora en aquella magistratura que tenía en su mano como jefe oculto del personal, y extrañábase que fuese aún tan digna en su pobreza, tan inteligente en su entumecimiento profesional. Pero este juez, por más ducho que se creía, con sus ojos velados por espesos párpados, era apasionadamente tenaz, cuando creía estar en posesión de la verdad.

—¿De modo—repuso el señor Camy-Lamotte

—que persiste Ud. en creer que el culpable es ese Cabuche?

El señor Denizet tuvo un sobresalto de extrañeza.

—¡Pues ya lo creo!..... Todo lo acusa. Le he enumerado á Ud. las pruebas; son, si así puedo expresarme, clásicas, pues no falta ni una..... He buscado con afán tratando de descubrir un cómplice, una mujer en el cupé, según Ud. me indicó. Eso parecía concordar con la declaración de un maquinista, un hombre que ha entrevisto la escena del crimen; pero hábilmente interrogado por mí, ese hombre no ha persistido en su primera declaración, y hasta ha reconocido la manta de viaje, como siendo la masa negra de que habló..... No hay duda, Cabuche es el culpable; y hay que tener en cuenta que si soltamos á Cabuche, ya no nos queda á nadie.

Hasta entonces el secretario general había esperado, para darle conocimiento de la prueba escrita que poseía; y ahora que su convicción no admitía duda, se apresuraba menos aún á establecer la verdad. ¿Para qué destruir la pista falsa que seguía el juez, si la verdadera pista iba á ocasionar serios disgustos? Todo eso había que examinarlo detenidamente.

—Pero, señor—repuso con su sonrisa de hombre experimentado.—Si no digo yo que no esté usted en lo cierto..... Sólo le he molestado para estudiar con Ud. ciertos puntos graves. Esta causa es excepcional; como que ya se ha hecho política. ¿Se da Ud. bien cuenta, verdad? Vamos, pues,

á vernos obligados quizás á obrar como hombres de gobierno..... Dígame Ud. con toda franqueza: según sus interrogatorios ¿ha sido violentada esa muchacha, la querida de Cabuche?

El juez tuvo su gesto de hombre listo, mientras desaparecían á medias sus ojos detrás de los párpados.

—La verdad, se me figura que el presidente la puso en estado bastante grave, y eso saldrá en el proceso..... Añada Ud. que si la defensa queda confiada á un abogado de la oposición, podemos exponernos á ver sapos y culebras, pues lo que es el género ese no falta allí en nuestro país.

Aquel Denizet no era tan tonto, cuando no obedecía á la rutina del oficio, reinando en lo absoluto de su perspicacia y de su omnipotencia. Había comprendido por qué le llamaban, no al Ministerio de Justicia, sino al domicilio particular del secretario general.

En una palabra, acabó por decir, viendo que este último permanecía mudo:—Tendremos una causa bastante sucia.

El Sr. Camy-Lamotte se contentó con mover la cabeza. Estaba calculando los resultados del otro proceso, el de los Roubaud. Seguramente, si encausaban al marido, contaría éste que su mujer había sido seducida también cuando era jovencita; y luego el adulterio y la rabia celosa que le había empujado al crimen; eso sin contar que ya no se trataba de una criada y de un antiguo presidiario, pues aquel empleado, casado con una mujer bonita, iba á sacar á relucir todo un